

publicó al poco tiempo sus desposorios con una joven condesa de Aremburg con la cual se casó el 10 de diciembre en Bonn.

La minoría católica del cabildo de Paderborn había presentado como candidato suyo al joven preboste de la catedral, Dietrich de Furstenberg, hombre emprendedor que, á pesar de tener solo 30 años de edad, era jefe del partido ultramontano; pero el día de la elección, 14 de octubre de 1577, salió vencedor el arzobispo Enrique, á favor del cual se había interesado el mismo Salentin cerca de los canónigos despues que Enrique le había prometido votar como canónigo de la catedral de Colonia á favor del príncipe bávaro.

Menos rápidamente que en Paderborn se decidió la cuestión de sucesión en Colonia, porque de ella dependía el porvenir religioso y político de la Alemania occidental. Tres meses enteros transcurrieron en intrigas electorales en las cuales se mezclaron á favor del duque Ernesto el canciller de Baviera (Dr. Elzheim), el nuncio del Papa (Portia), los comisarios imperiales, los embajadores de don Juan de Austria y del mismo rey Felipe y los delegados de Maguncia y Tréveris; mientras los magnates protestantes del Imperio y las potencias protestantes extranjeras, divididos entonces por apasionadas discordias interiores, se mantuvieron reservados. No hicieron otro tanto los adversarios de la casa de Baviera en el electorado de Colonia, particularmente los condes calvinistas Hermann de Neuenar y Adolfo de Solms. Estos apoyaron abiertamente y con buen éxito á Gebhardo, el cual supo ganar también á su favor al arzobispo Enrique, recientemente elegido obispo de Paderborn, y á su partido; y cuando llegó el día de la elección (5 de diciembre de 1577) fué elegido, obteniendo doce votos, quedando para Ernesto solo los diez restantes.

Este fracaso fué el golpe mas rudo que pudo recibir en Alemania la política hispano-bávara; por lo cual el duque Alberto se apresuró á protestar enérgicamente en Roma contra la elección de Truchsess como hecha contra la ley. Sin embargo, su protesta no tuvo éxito, porque si bien el papa Gregorio se había interesado hasta entonces en favor de Ernesto, no quiso cargar con la odiosidad que resultaría para él de un pleito que no había esperanza de ganar; y por otra parte no le disgustó la elección, aunque habría preferido la del candidato bávaro. En efecto, dadas las tendencias notoriamente heréticas de una parte de los canónigos de Colonia, el Papa consideraba como muy satisfactoria la elección de un partidario decidido de la Iglesia romana; porque como tal consideraba á Gebhardo, al cual había nombrado poco antes preboste de la catedral de Augsburgo. Por este motivo rechazó Gregorio rudamente la protesta de Baviera redactada en términos también muy ásperos. Se dijo á consecuencia de esto, que el duque Alberto había afirmado que si la causa de Baviera no era atendida en el asunto de Colonia, se separaría de Roma; pero murió poco despues (octubre de 1579), con lo cual quedó por lo pronto apaciguada la lucha por la sucesión de Colonia, porque su hijo y sucesor, el duque Guillermo V, consideró preferible vivir con la curia en buena armonía y conformarse con sus deseos, á llevar adelante contra viento y marea un asunto que para su predecesor había sido cuestión de honor para su casa, pero en el cual el mismo candidato vencido estaba ya cansado de la lucha.

A pesar de todas las protestas y esfuerzos de la casa de Baviera, la mayor parte de la minoría bávara del cabildo firmó el acta de elección y se declaró por Gebhardo, al cual felicitaron por su nueva dignidad el emperador y los electores rhinianos. La corte imperial, á pesar de haberse interesado formalmente por el príncipe Ernesto, se alegró de la

victoria de Gebhardo, porque temía también el aumento excesivo del poder bávaro; mientras por otra parte la halagaba el hecho de que un feudatario de la casa de Austria hubiera obtenido la dignidad de príncipe elector del Imperio. Una embajada del rey de Francia presentó al nuevo príncipe elector las felicitaciones de su soberano, y el rey de España detuvo los suyos algun tiempo solo por atención á la casa de Baviera.

En mayo de 1578 concedió el emperador una autorización lata para administrar las regalías del arzobispado sin fijar tiempo ninguno hasta la obtención de la confirmación papal, y ordenó á los estamentos, á los feudatarios y súbditos del electorado que mirasen al nuevo elector como su señor y dueño. La confirmación del Papa llegó dos años despues (19 mayo de 1580). Gebhard fué admitido en la unión de los príncipes electores; tomó parte con los demás electores, á pesar de las protestas de Baviera, en una embajada que enviaron á la asamblea de Worms; y al propio tiempo en unión de los electores á instancias del emperador se encargó de la mediación en las complicaciones de los Países Bajos.

En una palabra, su posición se hizo rápidamente tan favorable como era posible, porque descansaba sobre la doble base, primero de ser elegido, lo que debió á la buena disposición de los miembros reformados del cuerpo electoral, y segundo porque fué reconocido generalmente, lo que debió á la confianza que inspiró á los papistas su fama de católico. Gebhard justificó plenamente esta confianza porque en abril de 1578 juró ante el arzobispo de Tréveris su conformidad con el Concilio Tridentino; al año siguiente, como comisario imperial, en el congreso de pacificación de Colonia tomó partido por España, y contribuyó á que se rechazaran las exigencias eclesiásticas de los Estados Generales. Para dar una prueba de que tomaba por lo serio los deberes espirituales de su dignidad, se hizo ordenar sacerdote, lo que no había hecho ninguno de sus cuatro predecesores. Sucesivamente se enfrió su amistad con los condes de Wetterau que habían contribuido mucho á su elección; y sus buenas relaciones con el príncipe de Orange y los Estados Generales se fueron cambiando en la disposición contraria, sobre todo cuando apoyó á los jesuitas de Colonia contra la voluntad del vecindario y del consejo municipal para que adquirieran propiedad en la ciudad.

Las elecciones de 1577 tuvieron naturalmente gran influencia sobre la cuestión de Munster que estaba todavía pendiente. El arzobispo Enrique era dueño de los obispados de Osnabrück y de Paderborn, y las pretensiones de la casa de Baviera sobre la silla de Colonia habían quedado rechazadas brillantemente. Quedaba solo el obispado de Munster que proveer y continuó con ensañamiento la lucha por esta silla. El partido bávaro, por efecto de la derrota de Colonia, estaba muy desalentado, y viendo ya muy distantes de realizarse las pretensiones del duque Ernesto sobre la silla de Munster, decidió trabajar por lo pronto para que el lugarteniente Westerholt fuese destituido y el príncipe heredero de Cléveris fuese encargado de la administración del obispado. Si se lograba este plan, podría pasar al fin aquella silla episcopal á manos de Baviera. Por otra parte Westerholt y sus compañeros consideraron la elección de Colonia como una victoria de su propio partido, con lo cual se aumentaron sus esperanzas de sentar en la silla episcopal de Munster á su candidato el arzobispo de Bremen. Además los estamentos del obispado, segun se dijo, apoyaban al mismo candidato y de ningún modo querían otro. Enrique ofreció por su parte no aceptar la elección si la Baviera renunciaba á la silla de Munster y si se elegía á un tercero como sucesor de Juan Guillermo.

Poco despues de la elección de Colonia presentó Westerholt á los estamentos reunidos del país de Munster una exposición de quejas contra las intrigas del partido de Raesfeld y de Cléveris que se proponía dejar en su puesto del obispado al príncipe heredero de Cléveris (elegido obispo) hasta que Raesfeld y su partido pudieran imponer con el apoyo de España al obispado un amo que fuese pariente del rey de España, educado en Roma, partidario de la Inquisición romana y de la Compañía de Jesús, dispuesto á exterminar por medio de la Inquisición la libertad religiosa que en el obispado se había conservado bajo el gobierno de cinco obispos consecutivos, y á expulsar del país á todos los súbditos del obispado que no profesaran la religión católica. Era misión de los mas jóvenes del cabildo defender por todos los medios la libre elección para que no se impusiera al cabildo en la persona del duque Ernesto un nuevo amo contra la antigua libertad.

En medio de la agitación que produjo esta exposición se publicó el breve pontificio del 5 de abril de 1578 llamando á Westerholt á Roma para responder de su conducta, so pena de perder sus empleos y dignidades y de tener que sufrir los demás castigos que se le impusieron. Esto levantó una tempestad de indignación general que demostró á Westerholt que tenía á su favor todo el país y le dió valor para desobedecer muy tranquilamente la intimación del Papa, contestando que preguntaría á los estamentos del país lo que debía hacer y que entretanto continuaria en su puesto. Entonces el papa Gregorio dió el paso decisivo obedeciendo á las continuas instancias de Baviera y de Julich, suspendiendo á Westerholt de todos sus cargos eclesiásticos y laicos, empleos y prebendas y amenazándole con otro castigo mayor; ordenó al cabildo de la catedral que eligiera un nuevo lugarteniente en la persona de Godofredo de Raesfeld, al cual mandó aceptar este cargo; y al propio tiempo excitó al duque de Julich á instalar al nuevo elegido en su cargo, si necesario fuese, por la fuerza de las armas.

Mientras el gobierno y los de mas edad del cabildo se declaraban prontos á obedecer la orden del Papa, estaban decididos Westerholt y los jóvenes á oponerse hasta por la fuerza á la suspensión del lugarteniente. Westerholt fué á ver al arzobispo Enrique en Paderborn, el cual le prometió su auxilio, y despues ante notarios y testigos apeló al Papa mejor informado, al emperador, á los miembros y al tribunal del Imperio, y regresó á Munster donde se presentó el 21 de mayo rodeado de hombres armados en la catedral, demostrando de esta manera que se consideraba todavía en posesión de todas sus dignidades. Además declaró ante los encargados del gobierno que no deponía su cargo de lugarteniente, sino que muy al contrario pedía como tal la convocación de los estamentos y en caso necesario los convocaría él mismo. Mas de cuarenta señores nobles se pusieron abiertamente al lado de Westerholt, presentándose á mediados de junio en la prebostía del obispado declarando por boca de su síndico, Dr. Guller, que la orden de suspensión violaba los privilegios del obispado y que era de consiguiente nula, y pidiendo además la convocación de los estamentos. El gobierno, con el fin de evitar una sublevación peligrosa, se vió obligado á ceder á esta exigencia con gran disgusto de Raesfeld y de su partido que hicieron todos los esfuerzos posibles para inducir á los soberanos de Baviera y de Julich y al emperador á tomar disposiciones encaminadas á quitar á la asamblea de los estamentos lo que pudiese tener de peligrosa.

Los estamentos se reunieron el 20 de julio sometidos á influencias exteriores. El duque de Baviera prometió al partido de Raesfeld que no le abandonaría si se mantenía firme; instó al Papa á que permitiese á su hijo tomar por algun

tiempo el gobierno de Munster, y suplicó á su cuñado de Julich que por su parte lo permitiera también, aun sin la anuencia del Papa. Exhortó también á los estamentos para que no hicieran caso de la persona turbulenta y envidiosa que trataba de impedir que se cumpliera la palabra dada al duque de Baviera y á su hijo. El arzobispo Enrique había comunicado semanas antes por medio de una embajada á los mas antiguos del cabildo, que no toleraría que otros sufrieran por él menoscabo y que él muy al contrario apoyaría como merecían á Westerholt y á sus partidarios. También apoyó á este Westerholt el rey Federico de Dinamarca; y en la asamblea de los estamentos se presentaron embajadores de Nassau y de los Países Bajos suplicando que no se eligiera un amo extraño al país y emparentado con soberanos extranjeros, antipático á los países vecinos y á los habitantes del mismo territorio, porque semejante elección engendraría desconfianza y otras consecuencias.

Estos apoyos levantaron el valor y la confianza de Westerholt y de su partido, mientras se quejaban los contrarios de que los ánimos habían sido excitados por personas malignas, tanto que se oía decir á muchos que antes de elegir á un bávaro por amo pegarían fuego á sus propias casas y hasta preferían dejarse cortar la cabeza. La asamblea decidió suplicar al Papa que examinara de nuevo la causa de Westerholt y sus quejas, le absolviera en absoluto, ó si hubiese faltado por inadvertencia le perdonara y levantase la suspensión. Tocante á la elección, decidió la misma asamblea reclamar del duque de Julich la restitución del acta electoral, y proceder entonces, solo cuando fuese restituido Westerholt en sus cargos y honores, á una elección nueva.

Estas resoluciones exasperaron al duque de Baviera mas que á nadie, y en su opinión debíase secuestrar á Westerholt y colgarle de un árbol, porque el que mataba á una fiera no era castigado como cazador furtivo. El mismo indujo á Raesfeld, que estaba ya á punto de abandonarlo todo y dimitir, á que continuara en su puesto en bien de la religión católica, prometiéndole su protección, así como á los demás de su partido en el cabildo. También se dirigió al emperador suplicándole que no consintiera en rebajar ó disminuir la suspensión ordenada, sino que nombrara dos comisarios compuestas de personas de posición elevada como los príncipes electores de Maguncia y Tréveris, para trabajar en Munster á favor de la elección del duque Ernesto, pues que era evidente que se trataba de establecer allí la libertad religiosa. Hasta en Roma trabajó el duque con el de Julich contra Westerholt, y en efecto el Papa cambió la simple suspensión de Westerholt en «privación,» le excomulgó además y determinó que el duque Juan Guillermo, como elegido legítimo de Munster, administrara en adelante por algunos años las temporalidades del obispado, asistido y aconsejado del dean Raesfeld y de los demás regentes interinos.

A esto se opuso el emperador, que antes había estado muy conforme con la destitución de Westerholt y la elección de Ernesto ó con la administración de Juan Guillermo; pero despues del parlamento local de Munster (en el mes de julio de 1579) se le había facilitado la esperanza de adquirir este obispado para un miembro de su familia, el archiduque Matías, hermano del emperador, al cual el arzobispo Enrique se había mostrado dispuesto á ceder su derecho sobre aquel obispado. El archiduque estuvo pronto á aceptar y la corte imperial aceptó también gozosa el ofrecimiento, tanto mas cuanto que la muerte del duque Alberto, tío del emperador, ocurrida en octubre de 1579, dispuso á éste de tener en adelante consideración excesiva á la casa de Baviera. Por tanto declaró que no podía tolerar que el Papa se mezclara, como se había mezclado sin consultar con él, en los asuntos

de un principado del Imperio contra la constitucion de este y contra los concordatos de la nacion alemana, al nombrar administrador de Munster al principe de Julich.

El duque de Julich decidió, á pesar de la declaracion imperial, cumplir la órden del Papa, apoyado por Alejandro, duque de Parma, y contando con el auxilio de España, porque el de Parma era contrario al proyecto de dar el obispado de Munster al archiduque Matías. Envió, pues, el duque de Julich la órden del Papa relativa á la destitucion y excomunion de Westerholt al cabildo de la catedral de Munster, donde Raesfeld y los suyos se pusieron del lado del Papa como su autoridad suprema, nombraron á uno de los suyos para el puesto de Westerholt en el cabildo y decidieron verificar la nueva eleccion, no dudando que esta vez harian elegir al duque Ernesto, porque por muerte, renuncia y nombramientos nuevos habian disminuido los votos á favor del arzobispo de Bremen y los dos partidos tenian á la sazón igual número de votos; por manera que el partido favorable á la Baviera creía poder ganar el voto que le diera mayoría. Con esta esperanza convocó Raesfeld al cabildo para la nueva eleccion, que debía celebrarse el 26 de abril de 1580. Algunos días antes del fijado llegaron los consejeros del duque de Julich con el encargo de entregar la renuncia de su soberano Juan Guillermo solo en el caso de que estuviera segura la eleccion del duque Ernesto, y en otro caso declarar que el duque Juan Guillermo se ofrecia á encargarse de la administracion del obispado. Esto estaba enteramente conforme con el programa de los miembros antiguos del cabildo.

Los contrarios no se habian dormido, sobre todo el arzobispo Enrique, que pasó de Bremen á la casa de Iburg de Osnabruck, distante solo cinco leguas de Munster, adonde llamó á sus dependientes de Bremen, Osnabruck y Paderborn en gran número. Tambien acudieron Westerholt y muchos miembros del cabildo de Munster del partido jóven. Un embajador de Bremen fué á Arnheim, residencia del conde Juan de Nassau, para pedirle auxilio, y el 24 de abril el arzobispo Enrique, con un séquito imponente de 142 jinetes y los correspondientes infantes, hizo su solemne entrada en Munster en medio de las salvas de artillería y del júbilo de la poblacion. Al día siguiente el canciller de Bremen, Gedeon Engeling, pidió ante el gobierno y los estamentos la anulacion de la eleccion anterior y dijo que, si no

se hacia, el arzobispo su señor, como miembro distinguido del Imperio, se veria obligado á proceder conforme á las resoluciones de los parlamentos del Imperio y de los círculos y conforme á lo dispuesto sobre las ejecuciones.

Hacia la tarde del mismo día (25 abril) entró en la ciudad bajo un nombre supuesto y sin ser conocido Juan de Nassau; y en la mañana del día siguiente, en que debía tener efecto la eleccion, participó á los señores del consejo municipal y del gobierno que habia llegado con encargo de las Provincias Unidas para impedir la eleccion del duque Ernesto y apoyar la del arzobispo Enrique; que los holandeses no consentirian que España pusiera el pié en Munster, y eligiendo al príncipe bávaro seria segura la guerra en el país; que sus tropas estaban cerca, á orillas del Rhin y prontas á apoyar su exigencia; «porque,» añadió, «si vosotros tenéis la puerta, nosotros tenemos la llave.»

Al cundir la voz de la presencia de Juan de Nassau en Munster y de la proximidad de la tropa holandesa, los vecinos echaron mano á las armas, cerraron las puertas, reforzaron las guardias y sacaron la artillería á la plaza.

Insistir en efectuar la nueva eleccion era provocar el estallido de la sublevacion y ya se oían voces de que se queria asaltar la casa de Raesfeld y matarle.

En esta situacion no habia que pensar en continuar la operacion electoral y hasta los mas antiguos del cabildo renunciaron á ella.

Sin embargo, el arzobispo Enrique y el conde de Nassau salieron de la ciudad de Munster, y despues de su partida se presentó en ella el conde de Julich en la noche de 4 de mayo, acompañado de su hijo y de una respetable fuerza armada. Despues de muchas negociaciones, la mayoría del cabildo, que estaba entonces á favor de Baviera, convino en renunciar á la nueva eleccion, y en cambio los capitulares mas jóvenes y los estamentos consintieron en que el duque Juan Guillermo, en atencion á ser el antiguo obispo electo, se encargara de la administracion del obispado con asistencia de los administradores interinos nombrados hasta entonces.

Con esto quedó establecida una interinidad, á la verdad mas favorable al partido católico que al protestante, pues que la administracion del duque de Julich habia de tener por resultado una eleccion definitiva mas bien en favor de Baviera que del arzobispo de Bremen.

LIBRO QUINTO

LA LUCHA POR LA PAZ RELIGIOSA

EL EMPERADOR RODULFO II

La lucha entre el protestantismo y el catolicismo por el episcopado del Noroeste de Alemania no se habia decidido todavía. Esta decision se efectuó solo cuando empezó la lucha de los grandes partidos en el punto mas importante del Imperio y al tomar allí desde el primer instante un sesgo que no dejó ninguna duda sobre el vencedor.

En el parlamento de Regensburg de 1576 habian entrado en colision los partidos contrarios; y la deserccion de la Sajonia electoral, unida hasta entonces con los protestantes, habia causado á éstos la primera derrota gravísima, porque tuvieron que ceder el terreno á sus contrarios ultramontanos. Entonces la lucha encendida casi en el centro del Imperio, léjos de ceder, fué adquiriendo rápidamente mayor violencia para concluir su primer periodo con el derrumbamiento de las bases del Imperio fijadas en el año 1555.

Esta lucha puede considerarse como otra guerra de Treinta años hecha por la paz religiosa, aunque no con la espada como la otra guerra de Treinta años que siguió á la primera.

La primera guerra por la paz religiosa se hizo solo con palabras y no mostró ninguna faz sangrienta; pero no cedió á la otra en ensañamiento y derramó sobre la Alemania un furor de partido y un odio que la penetraron y desmoralizaron hasta en sus profundidades mas recónditas. Los campos feraces del territorio aleman no fueron teatro de combates sangrientos ni resonaron bajo las pisadas de las huestes armadas alemanas y extranjeras; pero la lucha siguió en las salas de las asambleas de las ciudades independientes del Imperio, donde se reunieron los dueños de los territorios alemanes y sus representantes, ó sea la Alemania oficial, á la cual correspondia deliberar y velar sobre el bien de la patria.

La paz religiosa renunció, como ya sabemos, á la tentativa de arreglar la situacion eclesiástica y se limitó á fijar las jurisdicciones de los dos grandes partidos religiosos; pero no lo hizo fijando claramente los derechos de cada uno de los dos partidos, sino adoptando disposiciones vagas y ambiguas. Era solo un compromiso que tuvo la suerte de todos los compromisos: la de durar únicamente mientras duraron las circunstancias que le habian originado y la buena voluntad de los interesados en cumplirla. Tan pronto como cambió la situacion y cesó la necesidad de la inteligencia, perdió este compromiso su importancia fundamental y se hizo objeto de litigio entre los partidos enemigos, entre los cuales se halló á la sazón el romano católico, poco antes amenazado de completa ruina y súbitamente, gracias á la incansable actividad de los jesuitas, en imponente prosperidad con su correspondiente empuje apasionado y agresivo. El partido romano

católico no tenia sus raíces en el bienestar nacional, sino que trabajaba al servicio de una potencia extranjera de la cual recibia su impulso. Este partido representante de los intereses ultramontanos ambicionaba el dominio y ardía en deseos de perseguir implacablemente á sus contrarios. Pero al ponerse á disposicion de la Iglesia romana en su lucha contra los herejes, tuvo la prudencia de no dejarse arrastrar por un celo excesivo é impaciente y de no revelar sus últimos propósitos trabajando sin consideracion en su favor. Muy al contrario se mostró custodio leal de la situacion creada por la paz religiosa é hizo alarde del deber que tenia de rechazar las pretensiones excesivas de sus adversarios religiosos que durante veinte años se habian excedido violando cada vez mas el derecho y la autoridad del Imperio. Estos adversarios habian interpretado hasta entonces á su manera la paz religiosa, sin cuidarse de las disposiciones que no les eran favorables, y el propósito de los miembros ultramontanos del Imperio era por el contrario conseguir una interpretacion oficial de la paz religiosa que fuese exclusivamente favorable á los intereses ultramontanos. Una vez conseguido esto, el partido ultramontano podia dar el golpe decisivo que le convenia, valiéndose de la legalidad y de la justicia del Imperio, para extirpar de una vez lo que habia producido el espíritu nacional en su desarrollo mas vital y moderno.

El éxito de este propósito dependia naturalmente de una multitud de condiciones, entre las cuales se hallaban en primer lugar la actitud de los protestantes y la del emperador. Si los protestantes continuaban firmemente unidos en la defensa de las posiciones que habian ganado, y el emperador seguia manteniéndose en una esfera superior á los partidos, velando únicamente por el bien general, no era de temer el partido ultramontano en Alemania.

Sucedió, sin embargo, lo contrario. Los protestantes no tardaron en apartarse unos de otros; la política de los Habsburgos alemanes habia entrado ya en el reinado de Maximiliano II en otro rumbo, y su sucesor, continuando en la nueva senda que habia emprendido en los últimos años de su vida, permitió al partido ultramontano navegar con todas las velas desplegadas. Rodulfo II sucedió á su padre en el trono aleman á la edad de veinticuatro años y reinó mas de treinta, es decir, el tiempo mas que suficiente para un soberano para imprimir á su imperio el sello de su carácter. Ha habido monarcas que con sus actos levantaron ó arruinaron sus imperios. El reinado de Rodulfo fué funesto para la Alemania por su indecision é inactividad.

Su padre y abuelo se habian apartado de su carácter propiamente habsburgo por rasgos muy germánicos; pero Rodulfo fué el que presentó mas vivamente el sello propiamente habsburgo entre todos los miembros de aquella familia